

Neonarcopolicial chileno: el caso de Boris Quercia¹

Ainhoa Vásquez Mejías
Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

A finales de los años ochenta, Tzvetan Todorov (“El origen de los géneros”) se preguntaba si ocuparse del asunto de los géneros literarios era ya un pasatiempo inútil y anacrónico, frente a la sentencia –común en la época– de que el género, como categoría, ya no existía. Todorov se niega a aceptarla. Los géneros no mueren, sino que se modifican constantemente, producto de la sociedad y el período histórico que los elige y codifica para dar cuenta de una ideología; se mezclan y evolucionan para dar paso a otros nuevos. Prueba de ello, es la transformación que ha experimentado el género policial, según la sociedad y la época que lo ha adoptado.

Para Todorov (“Tipología de la novela policial”), el policial permite ejemplificar las variaciones de los géneros, ya que, si bien, obedece a reglas y se ciñe a ciertas estructuras predeterminadas, ha sufrido modificaciones considerables a lo largo de la historia. La novela policial clásica o novela de enigma, cuyo auge se da en Europa a fines del siglo XIX y principios del XX, sirve como fuente para la creación de la novela negra en Estados Unidos, durante la época de la prohibición. A su vez, ambas sientan las bases de lo que en Hispanoamérica se conocerá como neopolicial, a fines de los años sesenta y de lo que hoy se ha dado en llamar narcopolicial en México.

La propuesta de este artículo es que el policial se ha seguido diversificando hasta conformar un nuevo género en el Chile del siglo XXI. Este comparte características, principalmente, con el neopolicial hispanoamericano y el narcopolicial, resultando en un neonarcopolicial chileno, con una estructura clara. Para probar

¹ Este artículo forma parte del Proyecto de Investigación Fondecyt N° 1190475 “A punta de balas y excesos: marginalidad social y literaria en la nación neoliberal en narcorrelatos chilenos del siglo XXI”, a cargo del Dr. Danilo Santos y del cual soy Investigadora externa asociada.

dicha idea, ejemplificaré con la trilogía del escritor Boris Quercia, que se compone de las novelas *Santiago Quiñones, tira* (2010), *Perro muerto* (2016) y *La sangre no es agua* (2019). La elección responde a que es el escritor que ha cultivado el género neonarcopolicial de manera más sistemática. Antes de llegar a ello, sin embargo, es necesario realizar un breve recorrido por las modificaciones que ha sufrido el policial desde sus inicios hasta el actual narcopolicial mexicano y neopolicial chileno.

Variaciones y adaptaciones del género policial: enigma, negra, neo, narco

Las primeras manifestaciones de la novela de enigma se remontan al siglo XVIII y XIX. Según Mauricio Carrera, los primeros referentes fueron Voltaire con la novela *Zadig* (1747), Thomas de Quincey con su ensayo *Del asesinato como una de las bellas artes* (1827), el que concibe las bases teóricas del género y Edgar Allan Poe, quien pone en práctica estos conceptos, mediante la figura del detective Auguste Dupin. Posteriormente, vendrá Conan Doyle con el célebre personaje de Sherlock Holmes. Estas pioneras expresiones del género son resultado de la época histórica en la que surgen, en la que se exalta la inteligencia y la razón (García-Corales y Pino). Carrera expresa que: “se trata de obras donde el análisis criminalístico es un triunfo del proceso deductivo y, por ende, de la razón” (19), ello implica que el mismo crimen se construye en función de la inteligencia y la capacidad de análisis del detective, quien pareciera tener una “evidente supremacía neuronal” (Carrera 26).

La novela policial clásica estableció también una fórmula repetitiva que puso los cimientos para la construcción del género. Una serie de pasos estandarizados desde el inicio hasta la resolución del enigma, que indica Carmen Balart, son los siguientes: una muerte inexplicable; la sospecha de inocentes o falsos culpables; la mente racional del detective que, “gracias a la observación de los detalles y de sus razonamientos, como método de investigación, logra establecer una solución imprevisible, tanto más sencilla cuanto más inexplicable aparece el misterio” (176); la solución prueba la superioridad intelectual del detective, pues es el único que puede resolver el enigma.

Como concuerdan los críticos (Carrera, García-Corales y Pino, Balart, Collins, entre otros), la novela de enigma surge en un período de plena confianza en la racionalidad, el intelecto y el orden, del cual el detective es el paradigma, por su increíble capacidad mental. Es gracias a su conocimiento científico o raciocinio que puede desentrañar todos los detalles del delito, descubrir y atrapar al delincuente y reestablecer la justicia. En este sentido, el policial clásico “presenta una sociedad saludable en la

que al erradicar el mal –como sacar un tumor– que interrumpe el sector privado del mundo, reestablece equilibrio y estabilidad en ese universo” (Collins 25). Esta fórmula convencional funcionaría revelando las pautas “jurídicas, económicas y políticas en que se basa la sociedad capitalista que le da origen” (Carrera 27).

La fe en esta sociedad capitalista incipiente, que exhibe la novela de enigma o novela policiaca clásica, cambiará profundamente con el tiempo y las nuevas circunstancias, especialmente, cuando desembarque en Estados Unidos. Se dará, entonces, la primera evolución del género al cambiar de nombre, de construcción de personajes y de función. La novela negra o *hard boiled* responde así a las condiciones políticas y sociales imperantes en el país del norte en la década de los veinte y treinta. Este nuevo sistema económico propicia la renovación del género que se ve “motivado por el ambiente de miseria, de violencia, por los efectos de la Ley Seca, por los *gangsters* y por el contrabando de alcohol” (Balart 178).

Esta adaptación de la novela policial clásica involucra una ruptura con la tradición, principalmente, en cuanto a la función que desempeña. Si la novela de enigma pretendía glorificar un período de esplendor intelectual, a través de una sociedad limpia de criminalidad y con detectives inteligentes y racionales, la novela negra es utilizada con una función crítica. Lo lúdico pasa a un segundo plano, el asesinato se convierte en metáfora de la corrupción social (Balart) y el detective deja de lado la razón y el método deductivo, empleando la fuerza y la violencia para sacar confesiones y resolver el crimen (Collins, Carrera).

A pesar de las modificaciones del género tradicional, que responden a la situación social particular, esta crítica no es realmente profunda. La novela negra sigue manifestando una confianza en la ley, las instituciones y el gobierno, que culmina con la consecución de justicia. Tal como resume Carrera: “no era la Ley o el Gobierno en general con lo que estaban descontentos, sino con *algunos* funcionarios o policías corruptos. De hecho, confiaban en la Policía, no en toda, pero sí en la Policía. Confiaban en el sistema, por lo tanto su crítica se perdía en una cómoda sinécdoque: una parte que no era el todo” (64).

En Latinoamérica, al contrario, el rasgo principal es la desconfianza en las instituciones. Bautizado como neopolicial por Paco Ignacio Taibo II, se caracteriza por la visión crítica de la sociedad, en la que se evidencia la lucha de clases y la miseria que ha traído el sistema económico neoliberal. Estructura, personajes y estilo son utilizados como crítica política (Trelles Paz). Todo ello tiene como consecuencia que el crimen o enigma no es necesariamente resuelto, como sí ocurre en sus manifestaciones originales. O como agrega Colín y Miller, incluso, cuando el crimen se resuelve: “la resolución del caso no le permite al lector

(mucho menos al detective) ningún alivio, sino todo lo contrario, porque la ‘verdad’ que descubre al resolver dicho caso le inquieta aún más e incluso le perturba” (39).

De esta forma, la novela de enigma o policiaca clásica intenta entretener al lector, pero también otorgarle fe y seguridad frente a las instituciones y la ley. La novela negra incorpora el elemento de crítica social al sistema económico, sin desconocer, por ello, la importancia de un Estado. En Hispanoamérica el neopolicial cuestiona el rol de los gobiernos: “los cultores de la novela negra hispanoamericana usan la novela policial para poner en tela de juicio situaciones o problemas que surgen durante el periodo autoritario a causa de la corrupción y violencia que se instalan en todas las instituciones que rigen al país” (Collins 27-28).

En consideración a estos elementos de crítica social y desconfianza, tanto en las autoridades como de la legalidad, no resulta extraño que en México, el neopolicial derivara en otro género: el narcopolicial. Como indicaba Todorov (“El origen”), los géneros evolucionan y se adaptan según las condiciones políticas y sociales del contexto que las produce, de esta forma, el narcopolicial se convierte en un modo de contar la realidad del país, desde el año 2006, en que el entonces Presidente de la República, Felipe Calderón, declara la guerra contra el narcotráfico (Carrera; Colín y Miller; Adriaensen y Grinberg).

Uno de los primeros en denominar a este formato como narcopolicial fue el escritor y periodista Paul Medrano al referir a la novela *Entre Perros* de Alejandro Almazán, de la siguiente manera: “*Entre perros* es una novela. Una novela policiaca. Y para ser más específicos, una novela de narcos” (“Una novela narcopoliciaca”). Asimismo, el académico Joachim Michel también adopta este término para hablar de la novela *Balas de plata* de Elmer Mendoza: “En realidad, no es una narconovela sino una novela narco-policiaca” (“Narco-violencia y literatura en México”). Se emparenta así, el neopolicial con la narconovela, dando paso a un género que elige al policial para narrar el narcotráfico y la violencia que se vive en el país.

El género policial en Chile

Académicos como Magda Sepúlveda y Shalisa Collins, concuerdan en que el género policial no fue cultivado en Chile, de forma sistemática, sino hasta los años ochenta. No obstante, los primeros registros de este tipo de literatura se dieron a principios del siglo XX en los relatos de Alberto Edwards y Emilio Vaisse (cuyo seudónimo era Omer Emeth). Esta primera etapa se caracteriza por asimilar la tradición europea de la novela de enigma. En la segunda etapa, se ubica la obra de René Vergara, quien relata la realidad criminal de Chile desde un formato

naturalista. Según Sepúlveda, el autor no se centra tanto en la resolución del caso como en visibilizar los problemas sociales, adoptando mayormente un espíritu crítico.

La tercera etapa significaría una verdadera revolución para el género, por cuanto los autores adoptan el neopolicial hispanoamericano para hablar de la realidad chilena, tanto de la dictadura de Pinochet, como sus consecuencias en la llamada Transición. Estos autores habrían comenzado a escribir a finales de los ochenta y se caracterizarían por reflejar los abusos del gobierno militar, la violación a los derechos humanos, así como cuestionar el sistema neoliberal impulsado en esta nueva democracia (Collins). Es por ello que el entorno social se vuelve más importante que el crimen en sí, pues, como expresa Díaz Eterovic: “la investigación del delito asume una condición de pretexto para explorar en las carencias de la sociedad” (Vilches 98).

Ramón Díaz Eterovic, a través de su detective Heredia, es el gran exponente de esta tercera etapa, que ya lleva protagonizadas casi veinte novelas. Heredia es un investigador independiente, desencantado, pero que aún conserva algo de idealismo. Díaz Eterovic sigue la línea del neopolicial por cuanto la función principal de su literatura es realizar una crítica social y denunciar un sistema perverso tanto en lo económico como en lo político. Al igual que otros escritores de esta tercera etapa, como Roberto Ampuero, Roberto Brodsky, Luis Sepúlveda, Marcela Serrano y Alejandra Rojas, sus investigaciones se vinculan con la historia reciente de Chile y con las consecuencias del modelo neoliberal (Balart, Collins, Sánchez).

Para seguir la línea impulsada por Sepúlveda, propongo que hoy estaríamos en una cuarta etapa del policial chileno. Jugando con las posibilidades del género –que nos ha otorgado Todorov– aseguro que éste se ha transformado, adaptándose a este nuevo contexto político. Chile ya no es el mismo de la dictadura, las consecuencias del sistema neoliberal se han arraigado y estamos viendo sus crímenes de manera concreta. En este nuevo período y renovación del género, se mantiene lo neo y sus rasgos; sin embargo, se adopta la temática del crimen organizado, presente en el narcopolicial, de suerte que nos queda un híbrido novedoso.

Así, el neonarcopolicial chileno, como lo he denominado, presentaría una estructura bastante clara que devela también la realidad chilena. La estructura propuesta es la siguiente: 1) Se produciría un crimen o enigma a resolver; 2) Ese crimen pareciera vincularse con el narcotráfico; 3) Las autoridades no tienen interés por develar el enigma o buscar justicia; 4) El detective es perseguido por narcotraficantes, lo que induce al lector a creer que el crimen original tiene relación con ellos; 5) Antes de la resolución del misterio se denuncia la existencia de una sociedad marcada por un sistema neoliberal, injusto y perverso; 6) Se descubre que el

crimen no tiene relación directa con el narcotráfico; 7) La mayoría de los crímenes quedan impunes.

Vemos en esta estructura ciertos códigos compartidos con el neopolicial y con la temática del narcopolicial mexicano, pero también ciertos quiebres. En el policial narco, por ejemplo, el detective, por lo general, toma una posición respecto al crimen organizado: es parte de la organización y trabaja para ellos o, al contrario, lucha contra ellos y contribuye a dismantelar sus operaciones. En el caso de los detectives chilenos, en cambio, no hay un combate al narco, como tampoco una alianza económica, más bien, parecen funcionar en dos carriles que se cruzan, con la finalidad de confundir a los lectores, como veremos. A continuación, analizaré la figura del detective chileno y la estructura propuesta, en las tres novelas del escritor chileno Boris Quercia, para revelar aquellas diferencias y similitudes con sus predecesores.

El detective Santiago Quiñones

Santiago Quiñones, protagonista en el cual centraremos los ejemplos, es parte de la Policía de Investigaciones de Chile (PDI), lo que se desmarca de lo que ocurría anteriormente en el policial chileno, en que los detectives no pertenecían a ninguna institución. Según Sánchez, hasta la tercera etapa, el público chileno parecía no estar preparado para sentirse identificado o aceptar de buena manera a un protagonista agente de policía, pues la dictadura y sus agentes déspotas, violentos y corruptos, todavía estaban muy presentes en nuestro imaginario.

El escritor Boris Quercia, no obstante, elige como protagonista a un agente de la ley, ya que, según él mismo afirma, su influencia primordial la encuentra en la novela negra estadounidense, con un: "policía negro, que es un tipo duro pero que, en el fondo, tiene un corazón herido y frágil [...] yo tomé a este personaje y lo instalé en las circunstancias dadas de Chile hoy, en circunstancias que son muy poco glamorosas. Además es un policía que depende de una institución, que es la policía civil chilena y que tiene que hacer un trabajo todos los días en la calle" (RFI "El género policial habla de las heridas").

Situar al protagonista dentro de un organismo policial, no obstante, lejos de contribuir a resaltar la importancia de la Ley y de un Estado de derecho (como en el caso de la novela negra), permite revelar sus fallas. Boris Quercia, a través de un protagonista que depende laboral y económicamente de un marco legal institucional, se encuentra en una posición privilegiada para desenmascarar, desde adentro, la corrupción de los funcionarios o personeros del gobierno. Santiago Quiñones, en cada uno de sus casos, va dejando ver la podredumbre de la sociedad y la

indolencia e ineptitud de quienes se supone deben resguardar el orden y la justicia.

Coherente con ello, el detective Quiñones es un elemento conflictivo dentro de la institución, el ejemplo de lo que no debe ser un policía: “Soy la manzana podrida, el ejemplo del tira perdido que le dan a los recién llegados y nadie me quiere muy cerca” (*La sangre* 166). A menudo buscan inculparlo por crímenes que no ha cometido o es atacado por sus pares porque no cumple las órdenes y tiende a trabajar por su cuenta. Santiago es calificado como un rebelde, por cuanto actúa según le dicta su conciencia, contraviniendo, en reiteradas ocasiones, lo que le imponen sus superiores.

Esa conciencia, sin embargo, no puede ser considerada plenamente virtuosa, pues es un personaje complejo, también propenso a cometer crímenes. A pesar de que reconoce que no le gusta matar y que, si por él fuera, no volvería a disparar un tiro en su vida –como afirma en *Santiago Quiñones*– asesina con bastante frecuencia. En la primera novela mata al joven narcotraficante Baltasar, porque intenta huir; en *La sangre no es agua* asesina a su padrastro que se encuentra conectado a un respirador artificial, por poner sólo algunos ejemplos. Cometer estos asesinatos, no obstante, lo llena de remordimientos.

Es recurrente también que actúe con violencia, al igual que los protagonistas de la novela negra y del neopolicicial. Sus métodos de resolución del crimen están lejos de lo analítico, por el contrario, responden a sus instintos básicos. Ello lo lleva a cometer errores, por ejemplo, en *La sangre*, golpea con furia a unos jóvenes a los que asume como culpables de asesinar haitianos, pero que resultan pertenecer a un grupo católico que reparte comida entre los inmigrantes. Estas equivocaciones se suman a su torpeza. Se deja llevar por sus intuiciones antes que por su inteligencia, lo que lo pone en peligro constante: “La culpa es toda mía, pisé el palito, caí en la trampa o como quieran decirle. Nunca me consideré un mal tira, incluso pensé que estaba sobre el promedio, sin embargo estas últimas semanas sumo torpeza tras torpeza” (*Santiago* 50).

A su torpeza e incapacidad de controlar sus impulsos, se suma su adicción a la cocaína (lo que lo emparenta con los personajes del neopolicicial y el narcopolicial). Afirma que no es adicto: “No soy adicto, hace más de una semana que estoy limpio y antes de eso ni me acuerdo de la última vez que jalé, pero no hay cómo negarse cuando te ponen en la mano tantos dulcecitos juntos, tanto caramelo regalado, menos con lo mal que he andado estos días” (*La sangre* 357), pero en cada novela esto se contradice y va en aumento. En *Santiago Quiñones* le regalan droga, en *Perro muerto* la compra y en *La sangre* la roba. Es por esta adicción que se comporta violentamente o se involucra en situaciones que comprometen su seguridad y su trabajo.

A pesar de ello, Quiñones es un sujeto noble, que quiere actuar bien. En *Perro muerto*, aunque está drogado y alcoholizado en un prostíbulo, cuando descubre que tienen trabajando a una mujer peruana que es menor de edad, intenta salvarla para que huya. En la misma novela, está dispuesto a asesinar a un hombre porque Yesenia, una joven que conoce desde la infancia, le asegura que fue violada por él y le pide que lo mate. Quiñones sabe que la justicia no es dada por las instituciones, por eso cree en tomarla por sus propias manos. En *La sangre*, quiere asesinar él mismo a los homicidas de inmigrantes. Así, no se mueve por ambición o por deseos de poder, sino que desobedece a sus superiores con tal de defender a los más vulnerables.

La estructura del neonearcopolicial chileno en la trilogía de Boris Quercia

1. El crimen

El crimen o enigma es un componente fundamental desde los orígenes del género policial (Todorov "Tipología"), pues es el motor que dará pie a la investigación en la que resaltará el genio del detective. En el *hard boiled*, el crimen sigue siendo indispensable, aunque no con la misma finalidad de permitir preponderar la inteligencia del protagonista, sino para mostrar lo sórdido de la sociedad, develar la amoralidad de los ciudadanos y poner en peligro la integridad del detective. Según Piglia, en la novela negra, el crimen sería el espejo de lo que ocurre en la vida cotidiana, es decir, su función sería la de revelar la sociedad en la que se enmarca.

En el caso de la trilogía de Boris Quercia, cada novela comienza con un crimen de diversa índole. En *Santiago Quiñones* es el asesinato del ex detective Riquelme, amigo del protagonista. En *Perro muerto*, aunque la muerte del detective Jiménez es accidental –producto de un enfrentamiento con narcotraficantes– agentes de Asuntos Internos aseguran que Jiménez estaba involucrado en el robo de los decomisos de droga realizados en Valparaíso, por ello se abre una investigación en torno a quiénes son los responsables. En *La sangre no es agua*, asesinan al hijo de un restaurantero chino, cuyo padre está en la cárcel, acusado de traficar con cocaína.

2. Presumible vínculo con el narco

En las tres novelas resulta fácil presumir que los crímenes se relacionan con el narcotráfico. La primera comienza con un enfrentamiento en el que Quiñones asesina, sin querer, a Baltasar, un joven narco, durante un operativo policial. Asimismo, cuando Riquelme es asesinado, se piensa que es víctima de un sicario, puesto que es un ex detective desvinculado de la institución por sus relaciones con bandas criminales. El detective García asume

que se trata de un ajuste de cuentas: “El Culeco era un dealer de la vega al que Riquelme protegió alguna vez a cambio de mercancía, pero que a la hora de los quiubos traicionó para acogerse al beneficio de ser delator y salvarse de la condena” (*Santiago* 42). Parece lógico pensar que su asesinato tiene que ver con ello.

La segunda novela también se inicia con un enfrentamiento entre policías y narcotraficantes en el que Jiménez es asesinado. A pesar de que no es este el crimen que debe ser investigado, se revela que el detective estaba involucrado en el robo de los decomisos de cocaína ocurridos en el puerto de Valparaíso, por lo que los de Asuntos Internos lo perseguían. A raíz de ello se abre una investigación para determinar qué agentes están relacionados, lo que hace parecer a Quiñones como sospechoso. En la tercera entrega, finalmente, Quiñones piensa que el restaurantero chino ha sido asesinado por un ajuste de cuentas con otras bandas criminales. Intuye que el hijo del narco ha seguido vendiendo coca, a pesar de que su padre se encuentra en la cárcel. Abona a su deducción el hecho de que al cuerpo del joven le han cercenado dos dedos.

3. No interesa resolver el crimen

Tal como señala Todorov (“Tipología”), en la novela de enigma o policial tradicional, el crimen es un elemento fundamental, porque es lo que dará paso a la investigación, base del argumento. La pesquisa es la que permite, no sólo resaltar las cualidades analíticas del detective, sino también las del mismo lector. Quien lee se ve implicado en la resolución del enigma y va, junto con el investigador, desentrañando el misterio y analizando a los posibles culpables. En el caso de Quiñones, en cambio, el crimen que mueve la acción no es realmente trascendente ni existe interés por resolverlo, ni de parte del policía ni de la institución.

El asesinato de Riquelme en *Santiago Quiñones*, parece un ajuste de cuentas y se archiva rápido como tal. Quiñones se ve envuelto en esto, no por amistad ni por pasión a su trabajo, sino porque se obsesiona sexualmente con Ema, una mujer que resulta involucrada. En *Perro muerto* tampoco es importante descubrir si Jiménez u otros agentes policiales estaban vinculados con el robo de los decomisos de cocaína. Quiñones, por casualidad, va descubriendo que lo que realmente quieren saber los de Asuntos Internos es si él conoce de la existencia de la red de prostitución en que participan hombres poderosos. En *La sangre*, a pesar de que es él quien encuentra el cuerpo del joven chino en el restaurante, prefiere desvincularse y escapar del lugar del crimen. Antes, se roba los gramos de coca que encuentra y abandona el cadáver:

¿Qué iba a hacer? ¿Quedarme y llamar a los colegas para que me interrogaran media hora y no me creyeran nada?

El escenario parece simple: un traficante muerto por una

venganza entre bandas, un pendejo inexperto que se metió con quien no debía o que pagó con su vida viejas deudas de su padre. A quién le importa. Ya lo encontrarán los empleados en la mañana y llamarán a los pacos para que acordonen el restaurante y los interroguen. Al final del año el fiscal archivará el caso por falta de nuevos antecedentes y todo seguirá igual. (418)

Aunque el detective García es asignado para la resolución del caso, tampoco se esfuerza en resolverlo. Lo mismo ocurre con la banda que asesina migrantes. Cuando los superiores comienzan a presionar para obtener resultados, en lugar de investigar, fabrican culpables. La conclusión de ello, indica el mismo Quiñones, es que a nadie le interesa resolver los crímenes, ni siquiera al mismo detective que, en ocasiones, prefiere retirarse de la escena. Se excusa con que: “a uno le pagan para recibir órdenes y no para resolver los casos” (850). En este sentido, se distancia de los detectives de la tercera etapa del policial chileno (Heredia como paradigma), quienes se implican por su alto sentido de la justicia. Quiñones, lejos de involucrarse, huye.

4. La persecución del narco. La falsa huella

Uno de los recursos más utilizados en la novela policial, desde la novela de enigma, y que sigue presente en el neopolicial, es la de la “falsa huella”. Según Alewyn, este consiste en hacer creer al lector que el culpable es alguien que, finalmente, resulta inocente, sin embargo, todos los indicios aluden a su responsabilidad en el crimen. Estas pistas falsas confunden al detective y postergan la resolución del enigma, tal como ocurre también en las novelas de Boris Quercia, al incluir a los narcotraficantes como los principales sospechosos de los crímenes.

Así, el narco está muy presente en las novelas de Santiago Quiñones, principalmente, en la tercera entrega en que el crimen a resolver es el del hijo del restaurantero chino. El restaurante funciona como fachada para el tráfico (mandan la coca adentro de los wantanes) y, cuando el líder cae preso, los hijos siguen con el negocio: “Mientras haya quien quiera comprar va a haber quien quiera vender [...] en los negocios mandan la oferta, la demanda y todas las otras leyes del mercado. No se saca nada metiendo preso al dealer de turno porque solo hay cambio de mando y al rato vamos pa’ delante de nuevo” (291- 311). Como ocurre en las novelas anteriores, la trama comienza con asuntos vinculados al narco. Es por ello que, tanto el detective como los lectores, caemos en la falsa huella que nos lleva al crimen organizado.

A ello abona el hecho de que, además, se presenta una policía sin intenciones de resolver los crímenes e, incluso, coludidos con los narcotraficantes. En *Perro muerto*, los culpables de establecer la red de prostitución son agentes del gobierno, empresarios y

gente de poder, que también tienen relaciones con las bandas de narcotraficantes. Por esto le regalan droga a Angélica, la amante del detective, para intentar inculparlo cuando descubre sus operaciones. Posteriormente, le envían a Yesenia, una joven involucrada en la red, como un regalo. La niña es asesinada y decapitada al salir del departamento de Quiñones, por lo que buscan inculparlo en su muerte. Los agentes estatales utilizan los mismos procedimientos que los narcos para amedrentar.

Quiñones, desde la primera novela, indica que la policía está permeada por el narco, si bien, no todos los funcionarios trabajan para ellos, la desidia de las autoridades frente al esclarecimiento de los crímenes les otorga libertad de acción. Además, cuentan con abogados eficientes, con el dinero compran a jueces e infiltran gendarmes, como sucede con Riquelme en la primera novela, de quien sabemos que fue dado de baja por filtrar información a los narcos. Agentes del Estado y narcotraficantes no son tan diferentes y, a menudo, trabajan en conjunto.

Contribuye también a la falsa huella del crimen organizado, el hecho de que son, efectivamente, narcotraficantes quienes persiguen a Quiñones y ponen en riesgo su vida. En la primera novela, el detective asesina a un joven narco y ello repercute en la trama, por cuanto, sus amigos buscan cobrar venganza y lo atacan: “Ya sé quién quiere matarme. García me contó que tienen pinchado el teléfono del jefe de Los Guateros en la penitenciaría. Lo grabaron cuando daba la orden de bajarme. No es agradable saberlo. Quieren vengar a Baltasar y de paso hacerse un nombre entre las otras bandas” (*Santiago* 90). En esta novela, el detective sufre tres ataques físicos, por parte de la banda criminal.

En la tercera novela, nuevamente es perseguido de forma directa por narcotraficantes. Quiñones intenta conversar con el líder chino para explicarle que no fue él quien asesinó a su hijo, pero a este no le importa esa muerte, sino el robo de la cocaína, del que Santiago sí es culpable. El detective ya ha consumido la droga, por lo que no puede devolverla. Comienza, entonces, una persecución en la que constantemente parece estar en riesgo. Siguen a Quiñones en una motoneta, procedimiento inaugurado por los cárteles colombianos, y simulan pistolas con sus manos, posteriormente lanzan al carro policial un gato degollado, como advertencia. Quiñones, por su parte, también entra en el juego enviando al jefe chino, dos dedos mutilados.

Al contrario de lo que ocurre en las novelas narcopoliciales mexicanas, estas bandas criminales chilenas resultan ser bastante ineptas, siempre se equivocan y no logran más que ataques superficiales a Quiñones. El mismo detective, a menudo, refiere que son inexpertos: “No es que sean una mafia organizada, de hecho sobreviven apenas entre los grandes proveedores de droga” (*La sangre* 1114). Los narcotraficantes de estas novelas no

pueden ser denominados como crimen organizado, puesto que no tienen un gran alcance en sus crímenes, ni un aparataje que les permita infundir terror. Por ello resulta que, a pesar de la falsa huella, el narco nada tiene que ver con los crímenes que dan pie a las novelas.

5. Denuncia al sistema neoliberal

Mientras caemos en la pista falsa, al creer que el narcotráfico es el responsable de los crímenes, la novela nos va develando la sociedad neoliberal en la que habita el personaje. En este sentido, se retoma este elemento esencial del neopolicial chileno, la denuncia a la crisis política y económica que dejó la dictadura militar. La sensación de opresión es constante: “Me pongo a caminar como perro [...] mezclándome entre la multitud de rostro serios, malhumorados por el frío, por la poca paga, por la mucha pega, por lo caro que está todo” (*La sangre* 896). Santiago Quiñones, reflexiona, por ejemplo, sobre la brecha salarial, las condiciones en que viven las personas de escasos recursos, lo imposible que resulta ganar dinero: “uno de lo que se preocupa es de llegar a final de mes, vivo por un lado, y con algo de dinero en el bolsillo por el otro. Porque estar vivo y sin plata no es estar vivo” (*Perro* 165).

A esta sensación de opresión y la preocupación por sobrevivir, se suma la negligencia e indolencia de parte de las autoridades estatales. En *Perro muerto*, Yesenia le cuenta a Quiñones que cuando su padrastro secuestra a su hermana, las autoridades no hacen nada, por ser fin de semana. Cuando denuncia la violación, además, la someten a una revictimización: “Me encerraron en un centro de puras niñas abandonadas. La comida era mala y las cabras eran peleadoras. La tía tomaba copete a escondidas y una de las niñas más grandes me corría mano. A los pocos días me llevaron al hospital de Viña y un doctor me hizo desnudarme y me examinó la vagina, el poto, todo” (28). El padrastro es apresado seis meses y luego lo dejan en libertad.

Falta de justicia, apatía de las instituciones, denuncia al sistema de educación y salud neoliberal, son algunos de los problemas sociales que se visibilizan. Quiñones reclama que no hay un acceso universal a derechos básicos, lo que ocasiona que la mayoría se quede sin servicios de primera necesidad. En *Perro muerto*, por ejemplo, el detective cuenta que en invierno, cuando la contaminación se vuelve más compleja por las condiciones climáticas: “los consultorios se llenan de guaguas y viejitos que tosen y se ahogan. En los hospitales públicos ponen camas en los pasillos y en la calle la gente se envenena con cada bocanada de aire que respira” (141).

Asimismo, se acusa la ambición de los poderosos y el abuso de los empresarios contra los ciudadanos comunes. En *Santiago*

Quiñones son las compañías de seguros: “La verdad es que las compañías de seguro nunca quieren pagar los seguros; podría decirse que toda la publicidad que hacen es engañosa, porque en el momento en que uno las necesita tratan de escapar por cualquier medio de sus obligaciones” (32). En *Perro muerto* son los empresarios avícolas quienes se coluden para perjudicar a la clase trabajadora: “Parece ser que dos se pusieron de acuerdo, sacaron al tercero del negocio y ahora suben artificialmente los precios. La gente estaba pagando por medio pollo lo que cuesta un pollo entero” (39).

La incompetencia de las autoridades, la falta de oportunidades, la escasez de dinero, la ausencia de garantías básicas y el abuso por parte de los poderosos, propicia también la emergencia de delitos de todo tipo. Por ejemplo, en *La sangre* una banda de neonazis envenena a haitianos con la consigna de realizar una limpieza social. Sin temor a las represalias, hacen públicos su crimen: “Como ratones entraron a Chile, como ratones los exterminamos. Vamos a barrer la patria y a limpiar con cloro todos los rincones. Una patria limpia es una patria justa. ¡CHILE PARA LOS CHILENOS! ¡FUERA LAS PUTAS QUE ENSUCIAN NUESTRA RAZA!” (773).

Las novelas de Boris Quercia evidencian el neoliberalismo que impera en Chile. Los empresarios abusan de la gente y se enriquecen a costa de otros. El gobierno abandona a las víctimas, las humilla y revictimiza. Las autoridades se coluden con los narcos o arman redes de prostitución para abusar de huérfanos. Este vacío estatal repercute en los mismos ciudadanos que se aprovechan de él para cometer sus crímenes. La nula intención de encontrar culpables, así como su fabricación, hace que el delito sea una constante. Este es un rasgo común en el neopolicial y en el narcopolicial; ambos exhiben la deslegitimidad del Estado (Santos, Vásquez y Urgelles) y la consecuente precariedad en que se encuentra la población.

6. Los verdaderos culpables

Esta denuncia al sistema neoliberal es coherente con el hecho de que, finalmente, los crímenes son derivación de ello y no del narcotráfico. En *Santiago Quiñones*, Riquelme es asesinado por dinero y no por un ajuste de cuentas. Él, el abogado Albano y Ema están coludidos para estafar a una empresa de seguros, no obstante, deciden eliminar al ex detective para no compartir la ganancia: “Ema y Albano estafaron a varias corredoras de seguro. Le conté cómo Riquelme y Ema trataron de quedarse con la parte de Albano. Hasta que aparecí yo y Ema cambió de opinión. Traicionó a Riquelme y, cuando lo eliminaron con Albano, me buscó a mí para quedarse con todo el dinero ella sola” (147). El móvil del crimen es el afán de obtener dinero; efecto del sistema

que se denuncia, en el que no importa atacar a otros con tal de acumular capital.

En *Perro muerto*, Jiménez resulta no haberse involucrado en el robo de la cocaína, sino haber descubierto una red de pedofilia y prostitución de menores de hogares del gobierno, operada por funcionarios estatales, empresarios, políticos y gente influyente. Cuando Quiñones lo descubre, sus mismos compañeros buscan relacionarlo con el narcotráfico para acallarlos: “Me quieren inculpar y procesar. Tienen que hacerme parecer un tira corrupto, sin calidad moral para hacer ninguna acusación” (163). El verdadero crimen, así, no es el robo de los decomisos de droga sino el tráfico de menores y los verdaderos culpables son los hombres poderosos de Chile, quienes incurrir en este delito para enriquecerse más.

En *La sangre* tampoco es el narcotráfico el responsable de los crímenes. El restaurantero chino es asesinado por celos y Quiñones termina siendo perseguido por el detective García, al enterarse de que su esposa Angélica es amante de Santiago. García le hace creer que los narcos lo están persiguiendo y lo secuestra en su casa de playa, después de asesinar y descuartizar a su esposa. El plan es culpar a los narcos chinos simulando un escenario de venganza por haberse robado la droga: “A ella la descuartizaron delante de tus ojos. Después a ti te cortaron los dedos y te dispararon con tu propia arma” (2551), pretende García hacer pasar como verdad oficial.

Como señalaba anteriormente, en la trilogía de Boris Quercia, la ciudad es el escenario ideal para cometer todo tipo de delitos. Las autoridades indolentes, los empresarios corruptos que buscan enriquecerse más -con el beneplácito y la ayuda de funcionarios del gobierno- propician un clima de impunidad, en que los ciudadanos comunes también pueden cometer crímenes sin repercusión legal. Es la sociedad entera la que está corrompida.

7. Crímenes impunes

Como corolario a esta denuncia al sistema, los crímenes quedan impunes. En *Santiago Quiñones*, Albano es detenido pero Ema escapa. Considerando que al violador de Yesenia le dan seis meses de cárcel, podemos intuir que un abogado podrá salir pronto. En *Perro muerto*, Quiñones debe tomar la justicia por su propia mano, es él quien descubre a los responsables de la red de prostitución infantil y les dispara con una subametralladora. En este ajusticiamiento mueren los subalternos, mientras los verdaderos responsables, los poderosos, pueden escapar de la prisión:

El juicio fue largo y no se pudieron comprobar del todo los hechos. Finalmente tuve que negociar ciertas pruebas, si no la defensa amenazó con acusarme de triple homicidio. El

prefecto fue dado de baja por cargos de corrupción, lo mismo que fueron multados y despedidos el director de las casas de acogidas juveniles y algunos empleados. Todo el peso de la culpa cayó sobre los muertos en el enfrentamiento que aún no tiene culpables. Nadie del poder judicial fue preso. Yo fui castigado con dos meses de suspensión sin goce de sueldo por iniciar una investigación sin la debida autorización de un superior (239-240)

Quiñones es reprendido y castigado por investigar fuera del marco institucional, mientras los verdaderos responsables son absueltos o levemente amonestados. La conclusión a ello se encuentra también en esta segunda novela: “aquí el que la hace, no la paga, a menos que seas pobre” (236). Esto se refuerza en la tercera entrega, pues tanto el cocinero, culpable del asesinato del restaurantero chino, como los ciudadanos comunes, responsables de los atentados a migrantes, sí deben pagar por sus delitos. García, en cambio, prepara una escena del crimen perfecta para absolverse de haber descuartizado a su esposa, aunque Quiñones logra, nuevamente, hacer justicia por su propia mano y lo asesina.

Conclusiones

En este artículo he propuesto que nos encontramos ante una cuarta etapa en el policial chileno, que tributa a las características del neopolicial –en su denuncia al neoliberalismo heredado de la dictadura militar– así como del narcopolicial, en su vínculo con la temática del crimen organizado. Por esta razón, y a modo de juego, le llamo neonarcopolicial chileno. Boris Quercia es el escritor que, con mayor frecuencia ha explorado este formato que, como referí, tiene una estructura que se compone de siete pasos. Sin embargo, no es el único, ya que, por ejemplo, las novelas de Gonzalo Hernández *Colonia de perros* (2010) y *Entre lutos y desiertos* (2016), también pueden ser analizadas bajo este modelo.

Esta cuarta etapa se alejaría de la referencia directa a la dictadura militar, sin embargo, recogería sus consecuencias en el sistema neoliberal imperante y profundizaría en ellas. Por esto, Boris Quercia escoge a un protagonista que forma parte de la institución policial, pues le permite indagar desde adentro la corrupción, ineficiencia y podredumbre de los aparatos estatales y, a través de los casos en los que se involucra, otorgar un panorama amplio respecto a la sociedad y sus crímenes. Que este policía, además, sea un paria dentro de la organización, contribuye a acentuar la denuncia a esta sociedad.

Resulta fundamental que el protagonista sea construido desde la inconformidad con el sistema, pues es lo que permite expresar su rebeldía total, frente a la institución a la que pertenece, tanto como a la sociedad capitalista. Este elemento también es recuperado de la tercera etapa del policial chileno, pero, mientras,

por ejemplo, el detective Heredia de Díaz Eterovic, se construye como un rebelde al sistema porque vive en el centro y maneja un Chevy destartado (García-Corales y Pino), Quiñones, además, comete crímenes concretos que perjudican al neoliberalismo.

Sus actos de corrupción son engaños al sistema. Por ejemplo, en Santiago Quiñones, nos enteramos de que, junto a Riquelme, ocultaron el cadáver de una mujer anciana para rematar su casa y quedarse con el dinero. El departamento en el que vive lo obtuvo gracias a ese fraude al Estado. Asimismo, justifica a Ema por dedicarse a estafar a las isapres y compañías de seguro, pues son empresas que lucran con la salud de los ciudadanos. En *La sangre* decide asesinar al esposo de su madre, quien se encuentra postrado, no sin antes reflexionar acerca del negocio de las enfermedades en Chile: “Cuando uno está así de cagado hay países en los que puedes decir que te quieres morir y te ayudan. Aquí no, porque aquí la muerte es un negocio y rinde más un moribundo que un muerto. Aunque igual al muerto le siguen sacando provecho. Le arriendan un pedacito de tierra por el que no le cobran tanto” (83-108).

Quiñones se construye, entonces, como un justiciero que, mediante sus delitos, erosiona al sistema capitalista. Amparado en su trabajo y en la incapacidad de la institución para resolver los crímenes, sus propias violaciones a la ley quedan impunes. Este neonarcopolicial chileno, se caracterizaría, de esta forma, por enfatizar en las inequidades del sistema capitalista chileno, por denunciar sus arbitrariedades y por presentar rebeldías frente a este. Tal como indica Quercia, se elige este formato porque “es un género que está hablando de donde queman las papas, de las heridas y las fracturas que tiene la sociedad, entonces eso es lo interesante, que también es social” (RFI “El género policial habla de las heridas”).

El género policial, así, sigue en constante cambio –tal como lo previó Todorov– adaptándose a la sociedad y las circunstancias de cada país y época histórica. En Chile, se está dando una nueva etapa para el género, en el que se mezclan los temas relacionados al narcotráfico con el afán de denuncia del neopolicial hispanoamericano. Este formato, no obstante, no pretende, como en el narcopolicial mexicano, revelar los lazos existentes entre los agentes de gobierno y el crimen organizado, sino realizar una crítica social a las condiciones políticas y económicas de un sistema neoliberal que agobia, atropella los derechos básicos, y propicia todo tipo de delitos. Frente a ello, y en el caso específico de Boris Quercia, la figura del detective-policía es fundamental, por cuanto puede cuestionar la legitimidad de las instituciones desde adentro, así como rebelarse ante ellas.

Bibliografía

- Adriaensen, Brigitte y Grinberg Pla, Valeria (eds.). *Narrativas del crimen en América Latina: transformaciones y transculturaciones del policial*. LIT Ibéricas, 2012
- Alewyn, Richard. *Origen de la novela policiaca. Problemas y figuras*. Alfa Carmen, 1982.
- Balart, Carmen. "Tres momentos de la novela policial en Chile: De la novela policial a la novela policial negra y al thriller". *Contextos, estudios de humanidades y ciencias sociales*, no. 22, 2009, pp.175-190.
- Carrera, Mauricio. *El neopolicial mexicano*. CONARTE, 2017.
- Collins, Shalisa. *Delito y huellas de la dictadura chilena en el espacio urbano de Santiago: Una investigación de la caracterización y las funciones del medio ambiente en las novelas neopoliciales de Ramón Díaz Eterovic*. Tesis The University of Arizona, 2005.
- Colín, Juan José y Miller, Christina. "La literatura como recurso existencial en el neopolicial latinoamericano: La neblina del ayer y Adiós, Hemingway de Leonardo Padura Fuentes". *Rocky Mountain Review*, vol. 70, no. 1, 2016, pp. 34-44
- García-Corales, Guillermo y Pino, Mirian. *Poder y crimen en la narrativa chilena contemporánea. Las novelas de Heredia*. Mosquito Editores, 2002.
- Hernández, Gonzalo. *Colonia de perros*. Tajamar Editores, 2010.
- _____. *Entre lutos y desiertos*. Tajamar Editores, 2016.
- Medrano, Paul. "Una novela narcopoliciaca". *Replicante* (11 mayo 2010), <https://revistareplicante.com/una-novela-narcopoliciaca/>
- Michael, Joachim. "Narco-violencia y literatura en México". *Sociologías*, vol. 15, no. 34, 2013, pp.44-75.
- Piglia, Ricardo. "Lo negro del policial". Daniel Link (ed.). *El juego de los cautos. Literatura policial: de Edgar A. Poe a P.D. James*. La Marca, 2003, pp.78-83.
- Quercia, Boris. *Santiago Quñones, tira*. Penguin Random House, 2010.
- _____. *Perro muerto*. Penguin Random House, 2016.
- _____. *La sangre no es agua*. Penguin Random House, 2019. Kindle.
- RFI. "El género policial habla de las heridas y las fracturas de la sociedad. Entrevista a Boris Quercia". RFI (17 octubre 2019), <https://www.youtube.com/watch?v=f7i8kURA5rA>
- Sánchez, Irene. *El neopolicial chileno de las últimas décadas: teoría y práctica de un género narrativo*. Tesis Universidad Autónoma de Madrid, 2010.

- Santos, Danilo; Vázquez, Ainhoa y Urgelles, Ingrid. "Introducción. Lo narco como modelo cultural. Una apropiación transcontinental" *Mitologías Hoy*, no. 14, 2016, pp.9-23.
- Sepúlveda, Magda. "Del género policial". Rodrigo Cánovas (ed.) *Novela chilena, nuevas generaciones: El abordaje de los huérfanos*. Universidad Católica de Chile, 1997, pp.107-121
- Todorov, Tzvetan. "El origen de los géneros". Miguel Angel Garrido (ed.). *Teoría de los géneros literarios*. Arco Libros, 1988, pp.31-48.
- . "Tipología del relato policial". Daniel Link (ed.). *El juego de los cautos. Literatura policial: de Edgar A. Poe a P.D. James*. Buenos Aires: La Marca, 2003. Pp. 63-71.
- Trelles Paz, Diego. "Novela policial alternativa hispanoamericana (1960-2005)". *Aisthesis*, no. 40, 2006, pp.79-91.
- Vilches, Freddy. "Entrevista al escritor chileno Ramón Díaz Eterovic". *Caravelle*, no. 87, 2006, pp.95-105